

CRITICA DE LIBROS

César Carrillo Trueba:
La Conquista biológica de América, en las obras de A.W. Crosby.

En los estudios historiográficos, los aspectos biológicos son generalmente tratados de manera un tanto marginal. Sin embargo, la crisis ecológica que actualmente vivimos ha convertido a la naturaleza en el centro de nuestras preocupaciones. La necesidad de comprender el efecto del desarrollo de las sociedades humanas en la naturaleza ha generado una vertiente dedicada a la historia ambiental.

Dentro de esta corriente, los trabajos de Alfred W. Crosby ocupan un lugar relevante. Este historiador de la Universidad de Texas se ha abocado al estudio de la expansión biológica de Europa durante los últimos diez siglos. Parte fundamental de esta historia es la conquista de América y sus implicaciones biológicas.

El texto que a continuación presentamos, pretende exponer brevemente algunas de sus tesis.

A principios del siglo XV, procedentes de Portugal, llegaron a la isla Porto Santo — parte del archipiélago situado frente a la costa atlántica del norte de Africa, conocido como Madeira— los primeros seres humanos. Buscaban tierras donde poder instalarse. El capitán de Porto Santo, quien

después sería suegro de Colón, tuvo la ocurrencia de soltar una coneja con sus crías que habían nacido en altamar. Haciendo honor a su fama, los conejos «se extendieron por la tierra de manera que nuestros hombres no podían sembrar nada que ellos no destruyeran»¹, cuenta un testigo. Los esfuerzos de los recién llegados pobladores fueron vanos: tuvieron que abandonar la isla.

Al llegar a Madeira, isla en la que no había «un solo pie que no estuviera recubierto de grandes árboles», de ahí su nombre, los colonos intentaron hacerse un lugarcito al sol para vivir, sembrar y tener sus animales. Se les hizo fácil prender fuego. Mas, pequeño incidente, el control de éste se les fue de las manos y la isla se aconvirtió en una tea, ardiendo casi por completo. Dicen que el fuego duró siete años, lo cual parece una exageración, pero cierto es que los abochornados colonizadores tuvieron que refugiarse «en el mar, donde permanecieron sin comida ni bebida durante dos días y dos noches».

Años más tarde, los portugueses volvieron a Porto Santo logrando imponerse a los conejos. Para entonces, igual que ocurriría en Australia durante el siglo XIX, los conejos ya habían arrasado las plantas nativas, ocasionando al mismo tiempo la muerte de sus competidores. Posteriormente las plantas y los animales procedentes del continen-

¹ La información contenida en este trabajo, ha sido tomada en su mayoría de las obras de Alfred W.

Crosby. Las citas proceden de éstas, a menos que se señale lo contrario.

te reinarían en esta pequeña isla junto con los pobladores.

Asimismo, para mediados del siglo XV, en lugar de sus maravillosos árboles, Madeira rebosaba de caña de azúcar. De sus puertos salían barcos repletos de azúcar con destino a las principales metrópolis de Europa, e incluso hasta Constantinopla. En la isla había cerca de dos mil esclavos y casi 20.000 habitantes. Estos ya habían dejado de alimentarse de palomas nativas, gracias a lo favorable que había resultado la tierra para el cultivo del trigo y la vid, así como para la cría de cerdos, reses, abejas y demás animales domésticos. Trataron de reproducir el medio del que provenían, de europeizar la isla.

Simultáneamente, un poco más al sur de Madeira, tenía lugar la colonización del archipiélago de Canarias. El proceso ocurría de manera similar al de Madeira: los bosques se cambiaban por plantaciones de caña, pastizales y laderas peladas. La madera se pagaba bien y en vano se promulgaron leyes para proteger los bosques. La excesiva deforestación generaba erosión y disminución de la precipitación y de los cursos de agua. Plantas, cultivos y animales del continente invadían las islas, reemplazando la biota autóctona. Se presentaba el mismo intento de europeización del medio.

Sin embargo, a diferencia de Madeira, las Canarias estaban habitadas. Procedentes de las costas africanas, los guanches habían poblado las islas probablemente cerca de 2.000 años a.C. Las Canarias eran codiciadas por Francia, Portugal y España. En 1402 desembarcó en una de las pequeñas islas, la primera expedición francesa, venciendo a 300 guanches. Los españoles tomaron el relevo y hacia fines del siglo ya sólo resistía Tenerife. Los guanches eran aguerridos guerreros y poseían una organización militar consistente. Alfred W. Crosby afirma que es muy difícil entender la victoria española a partir únicamente de los aspectos militares. Según este historiador, a pesar de la desunión existente entre los guanches, de la impresión que causaban los conquistadores con sus utensilios —los anzuelos de metal que llevaban llamaban mucho la atención de los habitantes de las islas— y del miedo que les infundían los ca-

ballos, los guanches se encontraban en una situación ventajosa sobre el enemigo.

Así, en 1494 repelen la avanzada española. Los españoles refuerzan el contingente y al año siguiente regresan. Pero, misteriosamente, no encuentran resistencia y toman la isla con suma facilidad. Conforme se adentran, llega a ellos el rumor de que un mal se ha abatido sobre el pueblo guanche. Lo que sus ojos ven es aterrador, había «tantos cadáveres que los perros de los guanches se los estaban comiendo». Cuentan que la isla quedó prácticamente des poblada, cuando se estimaba en 15.000 el número de habitantes. Los guanches habían sucumbido a la peste. Para 1541 solamente sobrevivían unos cuantos y a fines del mismo siglo era un pueblo extinto.

La conquista de estos archipiélagos marca el inicio de la expansión europea e inaugura un proceso de colonización que posteriormente se convertirá en una constante: la destrucción del medio autóctono, disminución o exterminio de los pueblos nativos, introducción de una biota europea, y la repoblación por europeos. Por supuesto, esto último no fue posible en todas partes.

UN HORIZONTE CULTURAL

Los europeos no veían más allá de su horizonte cultural. Les resultaba «natural» el tratar de reproducirlo. Si imaginamos un grupo de europeos embarcados con destino a nuevas tierras, tendríamos un cuadro un tanto conmovedor: pobre llenos de temores e ilusiones, ansiosos por dejar para siempre la miseria en que viven, con la esperanza de que en las «Nuevas Europas», encontrarán un pedazo de tierra para tener una parcela, construir una casita y criar sus animales. Llevan tal vez algo de ganado y con certeza un perro. Con suerte harán fortuna.

Es probable que la proporción de temores e ilusiones haya variado con el tiempo. Seguramente entre los primeros colonos había más temor que ilusión, y que para el siglo XIX las ilusiones hervían en sus cabezas, como lo muestra la visión tan prometedoras que proporcionaba el célebre es-

critor inglés, Samuel Butler, para quien se instalara en Nueva Zelanda, donde él vivía:

«Tendrá vacas, y cantidad de mantequilla, leche y huevos, tendrá cerdos y, si quiere, abejas, cantidad de verduras, y en realidad, podrá vivir de la tierra fértil, con muy pocos problemas y casi tan poco gasto.»

Si bien es cierto que los aventureros no escaseaban, esta visión constituía el sueño dorado de todo colono. La mayoría se aterraba por los calores excesivos y las enfermedades raras de los trópicos. Se les revolvió el estómago de pensar en verse obligados a comer iguanas o zarigüeyas. Es por ello que las zonas templadas ejercían tal atracción, ya que en ellas les parecía posible llevar una vida como en Europa, pero sin privaciones. A esas regiones (en donde era posible tal sueño, o en donde ya se encontraba en parte materializado, como la Nueva Zelanda de Butler), Crosby las ha denominado «Nuevas Europas».

LAS «NUEVAS EUROPAS»

Las «Nuevas Europas» son regiones que, aunque dispersas, se encuentran en latitudes similares. Son zonas templadas del norte y del sur, con climas muy parecidos. Presentan una precipitación de entre 50 y 150 cm. «Era de esperarse que un inglés, un español o un alemán, se sintieran atraídos por lugares donde no había problemas para cultivar trigo y criar ganado bovino». De hecho, estas regiones conformaron núcleos a partir de los cuales los colonos se dispersaron posteriormente. Crosby los ubica en el tercio norte de Estados Unidos y Canadá, en donde actualmente vive la mitad de la población de estos países; la esquina sudoriental de Australia, prácticamente la totalidad de Nueva Zelanda, y la zona de Sudamérica que incluye la quinta parte de Argentina, todo Uruguay y Río Grande do Sul, en Brasil, en donde se localiza la mayor concentración demográfica al sur del Trópico de Capricornio.

No obstante, a pesar de sus similitudes, estas regiones poseían biotas totalmente distintas. Los miles de años que habían transcurrido desde la separación de estas

masas de tierra no habían sido en balde. Georg Friederici hace una descripción muy detallada de las «Nuevas Europas» del continente americano, con sus respectivas faunas y floras, antes, durante y después de la conquista. Como muestra de lo que eran antes, tenemos el testimonio de un naturalista finlandés del siglo XVIII, Peter Kalm, quien al llegar a Filadelfia en 1748, manifiesta una «angustia de taxónomo» ante tanta novedad:

«Descubrí que había llegado a otro mundo. Donde quiera que mirase por el suelo, encontraba por doquier plantas que no había visto nunca antes, cuando veía un árbol, debía detenerme a preguntar a mis acompañantes cómo se llamaba... me causó pavor la idea de tener que clasificar sectores tan nuevos y desconocidos de la historia natural.»

Muy similar es la impresión de un colono australiano, quien en 1830 se quejaba de que «los árboles retenían las hojas y se despojaban de la corteza, los cisnes eran negros, las águilas blancas, las abejas no tenían aguijón, algunos mamíferos tenían bolsas, otros ponían huevos, eran más templadas las cimas de las colinas que los valles, (e) incluso las zarzamoras eran rojas.»

Entre lo que actualmente son las «Nuevas Europas» y lo que eran antes de la llegada de los europeos, median varios siglos de destrucción, perturbación ecológica e introducción de una biota distinta a la antes existente, incluidos los seres humanos y sus culturas. G. Friederici, escribió en su monumental obra en 1920, dice: «los cambios operados en la imagen del paisaje de Norteamérica, sobre todo dentro de las fronteras de los actuales Estados Unidos, son mucho mayores que los producidos en el centro y el sur de América. No acierta uno a imaginárselos, y para formarse una idea de cuál debía de ser el aspecto de la actual Unión Americana hay que ir, hoy, a ciertos parajes poco visitados... Prescindiendo de los cambios geológicos a los que nos hemos referido más arriba, del eterno proceso de lo que nace y lo que muere en la naturaleza, contribuyeron a estas mutaciones operadas en la imagen del paisaje, las plantas, los animales y sobre todo el hombre».

Semejantes son sus afirmaciones acerca

de los cambios ocurridos en las llanuras de Sudamérica. Por su parte Crosby detalla de manera similar las transformaciones que tuvieron lugar en Australia y Nueva Zelanda.

En todos los casos fueron plantas, animales, microorganismos y el hombre, los elementos clave de la colonización. La semejanza de clima actuó en estas zonas en su favor. En *El Imperialismo Ecológico*, Crosby narra múltiples historias y ejemplos de la manera en que se dispersaban ahí las «malas hierbas», y del crecimiento poblacional de los animales introducidos, que llegaban a volverse silvestres. En condiciones muy favorables, éstos avanzaban aún antes que los colonos, de tal manera que cuando ellos llegaban a algún lugar nuevo, encontraban flora y fauna conocidas. Lo mismo sucedía con los microorganismos, los que por medio de sólo una persona podían llegar a poblaciones aún no conquistadas, facilitando así la ocupación de nuevas áreas.

Siempre un elemento llevó al otro y éste a su vez al siguiente, y así sucesivamente. Un ejemplo de esta especie de simbiosis de lo que Crosby llama «biota mixta», es la manera en que las ovejas se multiplicaron en la Isla Norte de Nueva Zelanda. Al llegar los colonos a esta isla, encontraron una gran escasez de pastos como para poder tener ovejas en un buen número. Así que se dedicaron a quemar la vegetación de las islas; una selva más densa que la del Amazonas!, y a regar semillas de trébol, un excelente forraje que en Inglaterra crece por todos lados. Sin embargo, éste no se daba bien y tenía que ser replantado cada temporada. Los colonos no entendían por qué. El problema era que no había en Nueva Zelanda un insecto polinizador eficaz. En 1839, miss Bumby, hermana de un misionero, introdujo un par de colmenas en la Isla Norte. La abeja enjambró y enjambró, cumpliendo su misión polinizadora, el trébol se extendió por todos los espacios que el hombre le había abierto, el ganado crecía gracias al trébol, y los colonos seguían reproduciéndose, construyendo su «Nueva Europa», que cada vez atraía más personas. El avance de esta «biota mixta» fue incontenible en las «Nuevas Europas».

Los resultados de este proceso se pueden

cuantificar: en la pampa argentina, en 1920, sólo una cuarta parte de las plantas silvestres eran nativas. En Australia la mayoría son de origen europeo. En Canadá el 60 % de las llamadas «malas hierbas» provienen de Europa. En los Estados Unidos, de 500, 258 tienen su origen en el Viejo Mundo y un estudio realizado a mediados de este siglo en el Valle de San Joaquín, California, «reveló que las plantas introducidas constituían el 63 % de la vegetación herbácea, 66 % en los bosques y 54 % en el chaparral».

Vacas, ovejas, cabras, cerdos, gallinas y demás animales domésticos procedentes de Europa, constituyen las principales fuentes de proteínas en estas zonas. Caballos, perros y ratas conviven con ellos.

Y junto con plantas y animales, la población europea se extendió y se multiplicó en las «Nuevas Europas» a expensas de los nativos de estas regiones. Actualmente ésta representa el 90 % de la población de los Estados Unidos y Canadá, el 98 % de la australiana, el 98 % en Nueva Zelanda y en Argentina y Uruguay sobrepasa el 95 %.

A costa de muerte y destrucción, los europeos construyeron un mundo a imagen y semejanza del suyo, bajo el discurso «civilizatorio» del progreso, idea que justificaba sus actos y encubría la lógica de todo imperio: la homogeneización de lo diverso.

LOS TROPICOS AMERICANOS

«Cuando las naciones civilizadas entran en contacto con los bárbaros, la pugna es corta, excepto allí donde un clima pernicioso otorga su ayuda a la raza nativa» afirma Charles Darwin en *The Descent of Man*, mostrando una vez más su enorme capacidad de observación y sus irremediables prejuicios. En efecto, los europeos lograron finalmente conquistar todo el continente americano, más no en todas partes obtuvieron el mismo «éxito» que en las «Nuevas Europas»; aunque por falta de voluntad no quedó.

El primer contacto con el Nuevo Mundo tuvo lugar en una zona neotropical. El

asombro de Colón es ya legendario. «No vi ni ovejas ni cabras ni ningún otro animal... había perros que nunca ladraban... todos los árboles son tan diferentes de los nuestros como el día de la noche, y lo mismo los frutos, la hierba, las piedras y todas las cosas...» Pero al mismo tiempo que no cabía en su asombro, Colón no cesaba de deplorar su ignorancia en cuanto a la utilidad de todo lo que veían sus ojos (Gerbi, 1975).

Más claro aún resulta el testimonio de un naturalista del siglo XVII, Bernabé Cobo, quien afirmaba que: «todas las regiones del globo han contribuido con sus frutos y abundancia a adornar y enriquecer esta cuarta parte del mundo, que los españoles encontraron tan pobre y despojada de las plantas y animales más necesarios para sustentar y dar servicio a la humanidad, y sin embargo tan próspera y abundante en recursos minerales de oro y plata».

La falta de sus ovejas y demás animales y plantas conocidas les causaba desasosiego, pero con oro y plata de por medio, todo tenía solución. Así, Colón regresó en 1493 a La Española con 17 barcos, 1.200 hombres, trigo, cebolla, perros, cerdos, reses, gallinas, gansos y ovejas, entre otras cosas. Y gracias a estas precauciones, para principios del siguiente siglo, La Española lo era en todo el sentido de la palabra. Los animales introducidos proliferaban, la caña de azúcar arrasaba con cuanta vegetación se le interpusiera, cultivos y malas hierbas prosperaban —con excepción de la vid, lo que no terminaba de agrandar a los colonos— y los arawaks, habitantes nativos de la isla, se encontraban al borde de la extinción a causa del maltrato y las enfermedades. El padre Las Casas se lamentaba de ello, así como de la desaparición de los hermosos pastos que había conocido cuando joven. El deseo de europeizar el medio era más que patente.

Las Antillas sirvieron de base biológica para la conquista del continente. Esta avanzaba a tal ritmo que, para 1500, habían llegado ya a América todas las especies de animales domésticos más importantes de Europa. En 1600 se cultivaban la totalidad de sus plantas alimenticias y las enfermedades del Viejo Mundo hacían estragos en la población indígena, acercándola al exter-

minio. Parecía que los europeos estaban haciendo realidad sus sueños.

Sin embargo lo sucedido fue diferente. Actualmente la zona neotropical de América (con excepción del Caribe, que conserva apenas un 10 % de lo que tenía como biota y cero indígenas) cuenta con la diversidad biológica y cultural más elevada del planeta. Su flora se estima entre 90.000 y 120.000 especies. Es el área más rica en mamíferos, anfibios y reptiles, y junto con Asia tropical la de mayor diversidad en aves. El porcentaje de población indígena es aún alto en muchos de los países de esta región: 95 % en Bolivia, 73 % en Perú, 54,8 % en Ecuador, 81,8 % en Guatemala y 36 % en México (cifras de 1978). El número de lenguas existentes en toda América Latina se calcula en un total de 1491 (Toledo, 1986 y 1985).

La pregunta es obligada: ¿por qué no se convirtió esta región en otra «Nueva Europa»?

UNA HISTORIA ANTIGUA

La respuesta que da Crosby es de orden biológico y la expone basándose en la historia misma, en los fracasos que han sufrido los europeos al intentar conquistar y colonizar zonas como Medio Oriente, Asia y África, que resultaron ser, al igual que los trópicos americanos, «bocados para los que Europa disponía de dientes pero carecía de estómago».

Las Cruzadas pueden ser vistas como una de las primeras y más célebres invasiones intentadas por los europeos. Abanderados por el Papa Urbano II, en 1095 los europeos se dan a la muy religiosa tarea de rescatar de manos de los musulmanes la llamada Tierra Santa. Durante dos siglos, miles de cruzados marcharon hacia una zona altamente poblada, con una tradición cultural bastante arraigada, que contiene una biota distinta a la europea y enfermedades como la malaria, a la que sucumbían éstos con mucha facilidad.

A partir de observaciones hechas a principios de siglo entre los colonos sionistas de Palestina, de los cuales un 42 % contraía la malaria durante los primeros seis meses y

un 64,7 % a lo largo del primer año, es posible extrapolar y formarse una idea del impacto de esta enfermedad entre los cruzados. Tomando en cuenta que la malaria puede provocar un aborto, y el efecto que tiene ésta en los niños, es posible entender por qué incluso en donde lograron establecerse, los cruzados jamás consiguieron sobrepasar a la población local que además de ser muy numerosa había convivido con *Plasmodium* durante tanto tiempo. El medio oriente parecía estar cerrado para los europeos.

En la parte norte de Asia —China, Corea y Japón— los europeos se encontraron con pueblos muy numerosos que poseían una historia milenaria, una cultura muy cohesionada, cuyos cultivos, animales domésticos y microorganismos se parecían bastante a los de ellos (con excepción del arroz que en esa época no se cultivaba en Europa).

La naturaleza no les era muy adversa, pero la población constituía una muralla mayor que la China. Lo más que lograron fue el establecimiento de pequeños enclaves, principalmente puertos, para mantener intercambios comerciales que conformaron grandes fortunas.

En Asia tropical los europeos se enfrentaron a múltiples enfermedades que los aniquilaban sin piedad alguna. Además, la población era numerosa, y culturalmente fuerte y poseía plantas y animales domésticos similares a los europeos. Con trabajo lograron consolidar algunos enclaves que, al igual que los del norte, les permitieron hacer fortuna a costa de las riquezas naturales de la región.

Africa fue el hueso más duro de roer. Como cosa de magia, la naturaleza impedía el avance europeo. Las cosechas se pudrían, atacadas por cientos de insectos y animales, y cuando resistían no crecían mucho o los cereales no daban granos. Los animales domésticos fallecían por la multitud de parásitos ahí existentes, y también, cuando sobrevivían, eran magros y diminutos. Falto de alimentos y agobiados por los tórridos calores, los colonos no aguantaban la primera enfermedad que los atacara. Fiebre amarilla, disentería, malaria, «fiebre de las aguas negras», «de los huesos rotos», eran algunas de las enfermedades más co-

munes, que, a principios del siglo XIX, por ejemplo, depuraban la mitad de sus hombres a las tropas de la Gran Bretaña instaladas en este inhóspito continente.

La conquista del Africa por los europeos tuvo que esperar a que la medicina los auxiliara con sus investigaciones y que entrara en escena la quinina. Inclusive el intento de los abolicionistas del norte de Estados Unidos de hacer regresar a esclavos emancipados, a fines del siglo XVIII y principios del XIX, tuvo serias dificultades por las mismas razones. De los esclavos enviados a Liberia durante el primer año murió el 21 %, y en Sierra Leona en los primeros años falleció el 39 %. El sistema inmunológico parecía requerir de un entrenamiento más que de un abuelo africano.

Los trópicos de América fueron menos inclementes para la implantación de cultivos y animales domésticos, aunque éstos no crecían igual que en Europa ya que resultaban ser más pequeños y débiles. Pero la cosa marchaba mejor que en Africa, sobre todo para los colonos. De cualquier manera, éstos buscaban las zonas más templadas para instalarse, por las mismas razones que preferían las llamadas «Nuevas Europas». Las partes más altas resultaban ser más adecuadas, pero el problema radicaba en que éstas eran las regiones más pobladas. Este hecho fue decisivo en la sobrevivencia de las poblaciones indígenas, así como del mestizaje que tuvo lugar en ellas. Su número les permitió sobrevivir a las oleadas de muerte que causaban las epidemias de las enfermedades traídas por los europeos. Lo que se denomina «epidemia en tierra virgen», es decir, la dispersión de patógenos entre poblaciones nunca antes expuestas a ellos, tiene un efecto exterminador en pequeñas poblaciones, sobre todo en islas no muy extensas, pero no alcanza tales proporciones en poblaciones numerosas.

Por ello, a pesar de la violenta disminución de las poblaciones indígenas, éstas lograron recuperarse en dichas zonas, ya que la población europea no avanzaba con mayor velocidad. Esto dio como resultado un fuerte mestizaje. En algunos lugares en donde la población local fue exterminada, se reemplazó con negros traídos de Africa, lo cual contribuyó a la conformación actual

de la población de Las Antillas y de muchas regiones de América Latina, en donde existe una gran mezcla de estos grupos humanos. No fue así en los Estados Unidos, en donde los negros fueron segregados.

Al no convertirse en «Nuevas Europas», los trópicos se vieron destinados a enriquecer a cientos de colonos que, a diferencia de Cristóbal Colón, habían encontrado utilidad a mucho de lo que ahí había. Tanto en Asia como en África y América, las riquezas naturales de los trópicos fueron extraídas con voracidad, sin detenerse ante los irremediables daños que esto acarrea. Al igual que ocurrió con el oro y la plata, la explotación de los trópicos americanos despojó de sus tierras a los indígenas, los llevó a su exterminio en donde se opusieron, dejando como testigo un ecosistema completamente deteriorado. La miseria de las naciones que ocupan actualmente estas zonas tiene su origen en esta rapiña que aún no cesa. Las venas de América Latina siguen abiertas.

¿UNA CUESTION DE SUPERIORIDAD?

El «éxito» de los europeos en las zonas templadas ha sido atribuido por muchos autores a una supuesta «superioridad» natural y curiosamente su fracaso en los trópicos ha sido adjudicado a la «inferioridad» de los ecosistemas tropicales. Esta explicación, ligada a una idea de progreso en donde la cultura occidental es sinónimo de civilización y modelo para los demás, no es sólo el resultado o la explicación *a posteriori* de un proceso, sino que fue, en buena medida, motor y causa de éste.

Es cierto que los primeros contactos entre los dos mundos dejaron testimonios muy diversos. Se registraban hechos y se les buscaba alguna interpretación. Hubo quienes vieron novedad en todo lo que el Nuevo Mundo contenía, les parecía completamente diferente a lo del Viejo, así como hubo quienes encontraran similitudes con este último, viendo el mismo paisaje. El asombro predominaba y el espíritu de superioridad afloraba aquí y allá de manera dispersa. No

obstante, la racionalidad en que se quería hacer entrar las diversas apreciaciones era una o variantes con raíces comunes (Gerbi, 1975).

Durante esta época las ciencias naturales se desarrollaron considerablemente. El mal llamado descubrimiento tuvo mucho que ver en esto. Pero, como en todas las épocas, el saber oficial se entremezcla con prejuicios e ideologías. La ciencia contemporánea ha dado muestras de la misma capacidad para integrar los prejuicios de la sociedad dentro de sus resultados e interpretaciones. Según el célebre historiador italiano Antonello Gerbi (1982), sería Buffon el primero en sistematizar los hechos más importantes, registrados por las ciencias naturales de la época.

Buffon fue uno de los más acérrimos partidarios de la supuesta «inferioridad» de la naturaleza americana. El «león americano» (puma) le parece «muy pequeño y poco vigoroso, además carece de melena». No deja de repetir que escasean los animales de gran tamaño en América, que el tapir, lo más cercano al elefante según él, no llega siquiera al tamaño de una mula joven, y que sólo proliferan los reptiles e insectos. Pienso que el clima y la tierra no son buenos, y que prueba de ellos son los problemas que tienen los cultivos para su crecimiento y reproducción y el escaso tamaño de los animales domésticos europeos, su poco peso y el mal sabor de su carne. Los indígenas le parecen flojos, pequeños e imberbes. En suma, se trata de una naturaleza degenerada, «inferior» en todos los sentidos.

La tesis de Buffon marca el inicio de una polémica que va a durar hasta principios de este siglo y que en muchos aspectos no ha terminado. Gerbi (1982) pasa revista a las ideas de Voltaire, De Paw, Hume, Kant, Jefferson, Franklin y muchos más. Los principales representantes de las ideas evolucionistas se van a adherir a esta idea. Lyell, el padre de la geología moderna, no tenía empacho en afirmar: «mas si blandimos la espada del exterminio a medida que avanzamos, no tenemos por qué afligirnos por los estragos cometidos». En la misma línea, Charles Darwin, su discípulo, escribió: «las variedades humanas parecen actuar una sobre otra del mismo modo que

las diferentes especies de animales: la más fuerte erradica a la más débil».

La idea de la «incluctabilidad del avance de la humanidad», así fuera sobre el cadáver de los indígenas, dio a la colonización una especie de aureola mesiánica. Colonizar al mundo era la nueva cruzada. El genocidio y el ecocidio no eran más que pasos inevitables de la gran marcha de la humanidad hacia el progreso.

Con la consolidación de este concepto de «superioridad» se cerró la época en que la actitud eurocentrista era un tanto inconsciente, cuando se llevaban animales y plantas con el fin de reproducir una forma de vida; para dar paso a una actitud en la que la destrucción se hizo consciente, pero se encontraba justificada por la razón científica.

Resulta absurdo atribuir la expansión biológica de Europa a una supuesta «superioridad» de la biota europea, como lo es explicar la desaparición o la disminución de los pueblos indígenas por la «superioridad biológica» de los europeos. Si algo se puede concluir al realizar una integración de los aspectos sociales y naturales, es que su interacción es lo suficientemente compleja como para reducir la historia a uno de ellos.

No estaría de más recordar las palabras del padre José de Acosta, quien al señalar que las plantas llevadas de América a España «son pocas y danse mal», y que las de España en América «son muchas y danse bien», comentaba con sarcasmo que no sabía qué hacer, si halagar a las plantas para que la gloria fuera de España, o bien, halagar a la tierra para que el mérito fuera de América.

QUINIENTOS AÑOS DESPUES...

En América, la conquista concluyó, dando paso a la colonia. El proceso de destrucción ecológica y cultural prosiguió. Impusieron religión, lengua, costumbres y leyes, fragmentando cada vez más la identidad de los pueblos indígenas. La independencia prometía acabar con este estado de cosas, pero jamás se cumplió. Nunca se tomó en cuenta la voluntad de los pueblos indígenas. Se les trató siempre como a niños aún

inmaduros para entender de decisiones y no dejó de vérselos como parte de un pasado que se deseaba olvidar. Los representantes del «progreso» eran políticos e intelectuales autóctonos.

A nivel del continente la mayor transformación que vio el siglo XIX ya en su ocaso, fue la ascensión del imperio de los Estados Unidos. Estos se erigieron en luz que habría de iluminar el camino del resto del continente, convencidos de ser los depositarios del legado anglosajón y de que su misión era acabar con la barbarie de su traspatio. La doctrina del *Destino Manifiesto* es la expresión más acabada de esta idea. Pronto el continente les quedaría chico.

Estos cambios políticos y económicos alteraron poco la idea del desarrollo histórico que había dirigido hasta entonces el desenvolvimiento del continente. Los estadounidenses se afanaban en borrar todo vestigio del pasado indio de la «Nueva Europa», con el fin de preservar la «pureza» de su sangre anglosajona. En el resto del continente las élites gobernantes harían lo mismo con su pasado indígena, aunque les costaría más trabajo lavar su sangre mestiza. La idea de la «superioridad europea» flotaba en el aire, como lo señala E. Bradford Burns: «Las élites hablaban constantemente de 'progreso', acaso la palabra más sagrada del vocabulario político, pero poseedora también de un impresionante conjunto de significados. Generaciones posteriores de estudiosos la reemplazaron por la palabra *modernización*, mas esta sustitución poco hizo para clarificar el concepto. Ambos términos, usados indistintamente en adelante, entrañaban admiración por los valores, ideas, modas, invenciones y estilos más recientes de Europa y Estados Unidos, además de un deseo de adoptarlos —y sólo en raras ocasiones de adaptarlos. Las élites creían que 'progresar' significaba volver a crear sus naciones apegándose tanto como fuera posible a los modelos europeo y norteamericano. Creían que sacarían algún beneficio de esta reconstitución, y por extensión, suponían que sus naciones se beneficiarían también. Siempre identificaron (y confundieron) el bienestar de una clase con el bienestar nacional».

Este modelo de desarrollo ha tenido el

mérito de aumentar el ritmo de destrucción de los ecosistemas de los trópicos, así como la marginación de los pueblos indígenas. La inmensa riqueza de estas zonas pende de un hilo que se desteje cada vez más aprisa. Es tal la miseria y el abandono en que se encuentran estos pueblos, que a principios de este año se reportó la muerte de 1.600 indígenas en la Amazonia a causa de enfermedades como el sarampión, ante la cual los habitantes de esta zona carecen de defensas, ¡como hace 500 años! Enfermedades contraídas por el contacto con los explotadores de madera y los *garimpeiros*, como se les llama a los buscadores de oro. Quinientos años después, el ecocidio y el etnocidio continúan, anunciando aún, según los apologistas de la «civilización», la llegada del supuesto progreso.

El tiempo transcurrido ha mostrado la ineficiencia de esta concepción del desarrollo, unidireccional, orientado hacia el modelo europeo. A través de la historia podemos observar a los hombres con su idea de civilización en la cabeza, realizar sus primeros pinitos en el inicio de la expansión europea, hasta llegar a la época actual. La inmensa ignorancia que manifestaron siempre los europeos en cuanto a los ecosistemas de otras latitudes como lo muestra el caos producido en Madeira y en las Canarias. La limitación cultural de los colonos que pensaban que sólo se podía vivir de una manera e intentaban a toda costa reproducirla en donde llegaban, sin tomar en cuenta especificidad alguna, lo que contribuyó siempre a aumentar el caos.

En las zonas en donde tuvieron «éxito», la desaparición de elementos de la biota local o el reemplazo de éstos por otros de origen europeo, trajo como consecuencia un empobrecimiento genético que hoy alarma considerablemente a estos países. El exterminio de los pueblos nativos los privó del saber acumulado, en algunas ocasiones durante siglos, y que, con todas las limitaciones que podrían haber tenido, hubieran facilitado la comprensión de los ecosistemas locales. Igualmente, la cultura de las naciones que en la actualidad se encuentran ahí, perdió un posible enriquecimiento.

En las regiones que no se consolidaron como «Nuevas Europas», el ecocidio y el

etnocidio realizados durante los múltiples intentos de colonización y la política de extracción y explotación de las riquezas naturales, sumieron en el subdesarrollo a regiones enteras en donde la miseria fue lo único que progresó.

De todo esto emerge con claridad la interacción tan imbricada que existe entre naturaleza y cultura, el efecto que tiene la destrucción de una sobre la otra. La complejidad de las relaciones que hay entre los humanos y sus cultivos, sus animales domésticos y sus microorganismos; entre los humanos y la flora y fauna que los rodean. La consistencia y fragilidad de estas relaciones.

Quinientos años después el modelo de desarrollo sigue siendo el mismo y la tendencia a la homogenización parece cobrar vigor. Esta racionalidad ha mostrado ya sus efectos perniciosos. Que se transforme el *progreso* en *modernización*, la esencia sigue siendo la misma. Ante este modelo de «civilización» la pregunta de Herman Melville sigue vigente ¿es la civilización algo diferente, o es tan solo un estado avanzado de barbarie?

BIBLIOGRAFIA

- BURNS, B.E., 1990. *La pobreza del progreso*, Siglo XXI, México, 212p.
- CROSBY, Alfred W., 1972, *El intercambio colombino*, traducción Cristina Carbó, próxima publicación UNAM, México.
- CROSBY, A.W., 1986, *Imperialismo Ecológico*, Crítica, Grijalbo, Barcelona, 351 pp. traducción Montserrat Iniesta, 1988.
- CROSBY, A.W., 1988, «Ecological Imperialism: the overseas migration of western europeans as a biological phenomenon» en: *The ends of the earth*, D. Worster (Ed.), Cambridge Univ. Press.
- FRIEDERICI, Georg, 1920, *El carácter del descubrimiento y de la conquista de América*, 3 vol., Fondo de Cultura Económica, México, 1987.

- GALEANO, Eduardo, 1971, *Las venas abiertas de América Latina*, Siglo XXI, México, 486 pp.
- GERBI, Antonello, 1975, *La naturaleza de las Indias Nuevas*, Fondo de Cultura Económica, México, 562 pp. traducción Antonio Alatorre, 1978.
- GERBI, A., 1982, *La disputa del Nuevo Mundo*, Fondo de Cultura Económica, México, 884 pp.
- HORSMAN, Reginald, 1981, *La raza y el destino manifiesto*, Fondo de Cultura Económica, México, 412 pp. 1985.
- TOLEDO, Víctor M., 1985, A critical evaluation of the Floristic Knowledge in Latin America and the Caribbean. Report to the Nature Conservancy International Program, Washington D.C. 95 pp.
- TOLEDO, Víctor M., 1986, *La etnobotánica en Latinoamérica: visicitudes, contextos, desafíos*, IV Congreso Latinoamericano de Botánica, Medellín, Colombia, 1986, Memorias.